

La Literatura y la Historia Italianas a través de las clasificaciones Dewey y del Congreso

Por ALBERTO PINCHERLE

Todo sistema de clasificación es un esquema, o sea, una abstracción. Por esto, difícil nos es resistir la tentación de juzgar de ellos en abstracto, olvidando que se trata de instrumentos, los cuales, para ser efectivamente útiles, han de satisfacer a las necesidades peculiares de cada biblioteca en concreto. Luego, necesitan ser adaptados a ellas, pero, en primer lugar, a las condiciones y tradiciones culturales del medio.

En los países de la "América latina", y desde luego para sus bibliotecas, ofrece un interés especial todo lo referente a Italia, a causa, tanto de las vinculaciones estrechísimas de la cultura de ese país con la ibérica, como de la presencia de fuertes núcleos de población de ascendencia italiana.

La adaptación aludida requiere que se introduzcan expansiones en ciertas partes del sistema y se supriman subdivisiones excesivamente minuciosas en otras partes. Es ésta una verdadera necesidad, que aparece clarísima cuando se examinen de cerca aun sistemas tan conocidos y apreciados como el decimal de Dewey o el de la Biblioteca del Congreso de Washington. Es lo que me propongo hacer en relación con la literatura, la lengua y la historia italianas.

1. — LITERATURA

En su opúsculo sobre "La Biblioteca Nacional de Lima", Jorge Basadre sugiere una crítica fundamental del sistema de Dewey en lo referente a la literatura. En dicha clasificación "la literatura... sigue, dentro de cada país, una división basada en los géneros literarios, seguida de subdivisiones cronológicas dentro de cada tipo de literatura". Esto implica ya aceptar los géneros literarios, cuya validez rechazan autorizadas tendencias de la estética moderna. Pero, dejando de lado esta cuestión, basta con hojear los números 871-878 y 881-888 para darse cuenta de que, precisamente en relación con las literaturas clásicas en las cuales los géneros literarios tradicionales fueron indiscutiblemente una realidad, Dewey no pudo ni mantener su distinción (Poesía, Teatro, Novela, "Ensayo", Elocuencia, Cartas, Sátira y Humorismo, "Mis-

celáneas", y "otros"), ni amoldarse a aquella propia de dichas literaturas, y libre y sinceramente aceptada por sus autores.

Otro inconveniente de este sistema es que a veces el mismo autor es clasificado bajo números distintos. En la literatura italiana, tenemos p. e. Manzoni bajo 851.73 (Poesía) y 853.72 (Novela) además de un reenvío bajo 852.6 (Teatro); Maquiavelo bajo 852.31 (Teatro) y 854.31 ("Ensayo"). Pero el propio Maquiavelo podría estar clasificado también como autor de novelas, de versos, (que igualmente podrían ser considerados como pertenecientes a "sátira y humorismo") y de cartas. Ha sido materia de discusiones interminables si la "Vita nova" de Dante deba considerarse como relato más o menos fiel de una realidad (desde luego autobiografía) o como una especie de novela alegórica; pero no hay duda de que la *Monarchia* y el *De vulgari eloquentia* son "ensayos"; y el *Convivio* ¿habrá de clasificarse como "poesía", por los poemas que contiene, o como "ensayo" por el proemio y el comentario en prosa de los poemas mismos? El problema se repite, casi idéntico, a propósito de Petrarca, y también a propósito de Tasso a quien no basta considerar como autor de poesía, pues lo es también de teatro, y hasta de "ensayos".

Pero, precisamente para las obras de teoría literaria ("Dell' arte poetica"; "Apología"; "Del poema eroico") y para los "Diálogos" de Tasso no hay lugar en 854.4, así como tampoco hay lugar, bajo 851.1, para las obras en verso de Boccaccio. Luego ciertos escritos de autores que poseen un número individual (no he dado sino un ejemplo) han de colocarse entre los "menores".

Esta designación, a su vez, es reveladora. No me preocupo del término, que si bien implica un juicio literario, podría ser reemplazado por otro, más "neutral"; aquello que me interesa es como se hará la selección de los demás autores y obras, que vienen automáticamente a ser calificados como "mayores". El gusto literario está sujeto a cambios; y es absurdo que el clasificador pretenda imponer el suyo o aquel del manual de historia literaria del cual se sirvió. Por ejemplo, a cualquier italiano culto ha de causarle sorpresa el ver que se ha reservado un número especial (851.11) a "Protonotario, Stefano" (prescindiendo del otro error, que "protonotaro", como conviene escribir, no es apellido), prefiriéndolo así a todos los otros autores de la misma "escuela siciliana", (exceptuando Guittone d'Arezzo, también designado impropriamente, como si "Arezzo" fuera apellido), escuela que cuenta con muchos poetas más apreciados y más conocidos; mientras no hay número para Iacopone de Todi, considerado universalmente como el mayor de los poetas místicos y, aún prescindiendo de la mística, uno de los más sinceros y fuertes entre todos los poetas italianos.

Del mismo modo, nadie colocaría hoy entre los poetas "menores" del siglo XVI a Gaspara Stampa, pese al juicio moral desfavorable que ha de darse sobre su conducta de mujer, para preferir a ella, como hace Dewey, un cantor del amor conyugal, pero tan frío como Berardino Rota (851.42): al cual, en todo caso, le anteponeamos Vittoria Colonna, (otro olvido de Dewey),

seguramente no menos virtuosa, y mucho más inspirada que Rota y que el mediocre Celio Magno (851.44).

No dudo, de que muchos habrán hecho las mismas observaciones, o muy parecidas, procediendo a modificar el sistema de Dewey. En la Biblioteca Nacional de Lima, "se pensó —dice la reciente «Memoria» de su director— que era mucho mejor agrupar las obras de un autor, su bibliografía y la crítica de sus obras en una misma notación subdividida en periodos históricos correspondientes a cada literatura, reservando las subdivisiones por géneros literarios únicamente para la crítica total de la poesía, del teatro, de la novela, del ensayo, etc".¹

No hay duda de que con este sistema se eliminan muchos inconvenientes. En cierto modo, se presenta como un ensayo de injertar, por decirlo así, sobre el tronco de la clasificación decimal de Dewey el sistema de la Library of Congress, pero simplificado, pues del segundo se toma la idea de formar una sección con las obras (sin distinción de géneros literarios) de los "autores individuales", colocados dentro de un esquema cronológico, pero evidentemente ordenados, dentro de cada período, por orden alfabético.

Pero, si se ha de mantener la división en siete géneros literarios, propia de Dewey (y suprimirla o modificarla radicalmente llevaría a introducir en el sistema mismo una alteración tan radical, que podría tal vez quebrantarlo desde las bases), no hay cuestión de que para dichos "autores individuales", por períodos; y en cada período, "A-Z" (para expresarse según el estilo de la Library of Congress), no queda sino uno de los números de Dewey, o sea el 9 (para la literatura italiana, 859). En efecto como se ha visto, no podemos abandonar ni la Poesía (1), ni el Teatro (2), ni la Novela (3), etc.; mucho menos, el cero (para la literatura italiana, 850), que ha de quedar destinado a las obras generales, con varias subdivisiones.

Junto con las obras de los autores individuales habrán de ir, según este sistema —y me parece muy lógico y útil— también la bibliografía y la crítica. De la primera, excepto el caso de la literatura nacional de cada país, y de algunas otras, no habrá mucho.

Pero de la crítica de las obras —sobre todo cuando haya que limitarse a "libros de conjunto", o sea, monografías completas sobre un autor— resultará muy difícil separar la biografía. Además, tratándose de autores extranjeros, al lado de las obras en el idioma original, habrá que poner las traducciones. Todo lo cual puede hacer oportuna una subdivisión ulterior, que a veces podrá abarcar las mismas obras, y hasta las críticas sobre el autor, cuando se refieren a puntos esenciales de mayor trascendencia. En la literatura italiana el caso más evidente es el del Dante; las "obras menores" —acaso distinguiendo entre las latinas y las italianas— deberán separarse de la "Comedia" y de las traducciones de ésta, así como los comentarios y estudios sobre el poema prin-

¹ "La Biblioteca Nacional de Lima 1943-1945", por Jorge Basadre. Lima, 1945. (Ediciones de la Biblioteca Nacional, III); p. 58.

cial, de las biografías o trabajos de crítica en general, y de aquellos que estudien el influjo de este poeta sobre las otras literaturas.

También se nos presenta, cuando menos relativamente a la literatura italiana, un problema, que al clasificador minucioso no dejará de parecerle complicado. Hay autores —trovadores italianos del siglo XIII, los poetas de la llamada “escuela siciliana”, o aquellos del “estilo nuevo” (*stil novo, dolce stil novo*, como lo llamó el Dante) — cuyas obras se encuentran generalmente reunidas. El libro en cuestión, no podrá clasificarse —en los ejemplos dados— bajo “Poesía”, pues aquí deberemos poner las obras de “crítica general”; ¿podrá estar entre los autores individuales? Esto equivaldría a dar lugar, en esta sección, no solo a “autores individuales” propiamente dichos, sino también a “escuelas” o “grupos”. Adviértase que no me refiero a “antologías”, sino a libros que contienen todo, o prácticamente todo, lo que se posee de autores de una determinada tendencia. Pero, y las antologías, ¿cómo se clasificarán? La cuestión no es tan grave en lo referente a las antologías generales como para las especiales, de novelas breves, de poesías, y hasta de sonetos, etc. Tal vez fuera conveniente clasificarlas por géneros literarios.

En cuanto a estos últimos, en la práctica sucederá que la mayor parte de las obras de crítica (y será difícil, en materia de literatura, distinguir la “crítica” de la “historia”) no tratarán de un “género” sino en relación con un determinado período. La subdivisión por épocas difícilmente podrá omitirse, pero hay otras, que no son menos importantes. La clasificación de la Biblioteca del Congreso, que reduce a tres los “géneros”, o mejor dicho las “formas” principales (Poesía, Teatro, Prosa), subdivide después cada una no solamente por épocas, sino por “géneros” propiamente dichos, y hasta —en base a otro criterio— por “formas”. Así, por ejemplo, la poesía italiana es dividida según un criterio, a la vez de forma, de contenido y cronológico, en cuanto se refiere a los dos primeros siglos; después por centurias; pero se da un número especial a la “poesía épica y narrativa”, otro a varias especies de poesía (didáctica, histórica, pastoral, etc., ordenadas alfabéticamente) y por fin otro, a las “formas menores”, soneto, oda, etc. (también en orden alfabético). Todo esto puede parecer, y será de hecho, excesivo, pero habrá de tenerse presente, para cuando llegue el momento en que una clasificación más detallada se haga necesaria. Lo que he dicho para la poesía puede aplicarse igualmente al teatro, donde géneros como la “Sacra Representazione” (análoga al “mystère” francés y en cierto modo al “auto sacramental” español, anteriormente a Calderón) o como la “Commedia dell’arte” —objeto a menudo de estudios especiales— merecen ser colocados a parte. Y es casi imprescindible, en la literatura italiana, distinguir el “romanzo” (novela), de la “novella”, o cuento breve, que posee características y tradiciones particulares.

Otra modificación al sistema de Dewey, que conviene estudiar —tratándose de la literatura italiana y que no altera el sistema en sí— es la que se refiere a la subdivisión en épocas. Distingue él las siguientes: 1, Orígenes

y edad del Dante, hasta 1375; 2, época de la cultura clásica, 1375-1492; 3, época de León Décimo, 1492-1542; 4, siglo XVI avanzado, 1542-1585; 5, época de decadencia, 1585-1748; 6, época de renovación, 1748-1815; 7, primera parte del siglo XIX, 1814-1859; 8, siglo XIX avanzado, 1859-1900; 9, siglo XX. Ahora, las fechas elegidas corresponden en parte a hechos de la *historia literaria* (31 de Diciembre de 1375, muerte de Boccaccio, año y medio después de Petrarca); en parte a hechos de la *Historia general* (1748, tratado de Aquisgrán); en parte a ambas (1492 no es solamente el año del descubrimiento de América; si en la historia de España significa la toma de Granada, en Italia representa con la muerte de Lorenzo de Médicis, un acontecimiento no sólo político, sino literario). Por lo tanto Dewey no sigue un criterio determinado; y la complicación resulta aun mayor, cuando vemos que se hace terminar una época en 1542 (organización de la Inquisición romana por Pablo III) y otra en 1585, que no logro recordar a qué acontecimiento especial se refiera aparte de la elección de Sixto V. La historia literaria propiamente dicha ofrecía una fecha muy próxima, la muerte de Tasso en 1595. Parece que Dewey no quiso llegar al final del siglo XVI.

El cambio en las tendencias literarias, que se produjo a mediados de ese siglo, es evidente y ha parecido tan grande a Vittorio Rossi, que este maestro, casi al término de su vida, pretendió dividir toda la historia literaria italiana en dos épocas, una que, —prescindiendo de los primeros ensayos— comienza con la mitad del siglo XIII para terminar a mediados del XVI; y la otra, desde entonces: “clásica”, la primera época, y “romántica” la segunda. Como fecha de demarcación, tomó Rossi el año de 1546, o sea, la publicación del primer comentario a la *Poética* de Aristóteles, por Francesco Robortello, “que, teorizando la práctica literaria de tendencias clásicas y suscitando discusiones y reacciones, abre la segunda época de la historia literaria italiana”.² Se impuso en efecto entonces la teoría de la poesía como imitación, pero destinada a “enseñar deleitando”; y la enseñanza, en el clima espiritual de la Reforma católica, debía ser religiosa y moral. La aceptación de las reglas aristotélicas provocó, dice Rossi, las discusiones sobre la “Comedia” del Dante, y los poemas de Ariosto y Tasso. Con éste comienza a su vez la literatura idílica, pastoral, pero llena de melancolía, “que parece anunciar la moderna voluptuosidad del dolor”. Pero si en esto hay algo indiscutible, no se puede por otro lado descuidar que la obediencia estricta a las reglas del teatro clásico, comenzó, en la comedia, con Ariosto, o antes, y en la tragedia con la “Sofonisba” de Trissino (1515); que —prescindiendo, naturalmente, de las características individuales de los dos poetas— la nota melancólica y dolorosa, la cual parece anticipar aspectos de la poesía romántica, se advierte ya en ciertos poemas de Petrarca. Por lo demás hartamente conocida es la dificultad de definir el Romanticismo (por eso abundan tanto las definiciones).

² V. Rossi, art. “Letteratura” bajo el lema “Italia” en *Enciclopedia Italiana*, XIX. (Roma, 1933), p. 944.

Fuera del movimiento literario que reconocemos como tal por una serie de características suyas y de la época en que se manifestó, el término "romántico" (y, por oposición, el de "clásico"), es de una indeterminación suma; y resulta curioso leer, en un estudio de un colega y admirador de Rossi, que "desde Dante hasta Ariosto toda la literatura italiana había sido tal, que debía aparecer a los románticos como una lejana patria de origen".³

Varias otras de las fechas elegidas por Dewey tampoco se prestan bien para caracterizar las varias "épocas". Por ejemplo, aunque sea cierto que el humanismo propiamente dicho, es fenómeno evidéntísimo en toda la literatura italiana del siglo XV, pero aparece ya en el siglo anterior, no puede sin embargo hacerse comenzar en 1375 (dejando fuera a Petrarca y a Boccaccio) ni tampoco considerarse terminado en 1492, cuando, por no mencionar otros, Sannazaro, (que se considera generalmente como perteneciente al siglo XV, pero murió en 1530) y Bembo, (que se coloca entre los autores del siglo XVI, pero nació en 1470), siguieron escribiendo poemas en latín. Por otro lado, colocar en 1748 la fecha inicial del período de "renovación", significa excluir de ésta precisamente los iniciadores del movimiento: no solo el mediocre (pero históricamente importante) Crescimbeni, sino Vico, Giannone, Gravina y hasta Muratori (muerto en 1750). Todo esto, y también consideraciones de orden práctico, me hacen pensar que, después de todo, lo más conveniente sea volver a la vieja distinción por siglos, que la Biblioteca del Congreso acepta en gran parte.

La colección de ensayos crítico-bibliográficos dedicada precisamente a Vittorio Rossi, y que expone los resultados de cincuenta años de investigación⁴ presenta esta división: Orígenes y siglo XIII; Dante; siglo XIV; época del Renacimiento; Contrarreforma y siglo XVII; siglo XVIII; siglo XIX; fines del siglo XIX y comienzos del XX. Pero, si el dedicar toda una subdivisión al Dante se explica aquí, quedaría injustificado en un esquema cronológico. Por lo demás, el autor del capítulo sobre el Renacimiento, E. Carrara, se vió obligado de subdividir su trabajo en dos partes, para el siglo XV y el XVI respectivamente.

Aquella vieja división por centurias ofrece ventajas importantes para una biblioteca. Una, que si se tratara de un trabajo personal sería un defecto pero en nuestro caso es un mérito, es que precisamente no implica ningún enjuiciamiento. En segundo lugar, es la división aceptada por la más importante y, en general, autorizada entre las historias de la literatura italiana⁵ —indispensable como obra de consulta— y conservada a través de tres ediciones distintas por diferentes autores. En fin, se trata de una división tradicional, sobre la cual se basa la misma designación de fenómenos literarios; como por

³ G. Gabetti, art. "Romanticismo" en Enc. Ital. cit., XXX (Roma, 1936), p. 68.

⁴ "Un cinquantennio di studi sulla letteratura italiana (1886-1936), saggi dedicati a Vittorio Rossi", Florencia, Sansoni, 1937, tomo I.

⁵ "Storia letteraria d'Italia per una Società di professori", Milán, F. Vallardi, 1ª ed., 1878-1880; 2ª ed., 1898-1926; 3ª ed., 1929 y sgg.

ejemplo el término "secentismo" empleado para caracterizar ciertas tendencias aun fuera del siglo XVII.

Se justifica sin embargo una excepción para el siglo XIX y el actual. En una biblioteca que no quiera ser únicamente el depósito de las culturas pasadas, o un laboratorio para eruditos, sino presentar un cuadro completo, aunque sea en pequeña escala, de toda la cultura de un país y de sus condiciones actuales, es natural que la literatura moderna y contemporánea sea representada con cierta amplitud. Por lo demás, una biblioteca que, como repito, no quiera encerrarse en la contemplación de lo antiguo, se verá forzosamente obligada de seguir hasta las modas, y las infatuaciones intelectuales contemporáneas, por la misma dificultad de distinguir entre aquellas que serán las verdaderas glorias, consagradas por la admiración universal y duradera, y la fama transitoria. Además, la segunda guerra mundial que acaba de terminar, parece destinada a marcar efectivamente el término de una época y el comienzo de una nueva. Cuando menos, por muchos años nos parecerá así. En cuanto a Italia, los cambios que se han efectuado, y siguen efectuándose, en las condiciones no solamente materiales, de ese país, fortalecen esta impresión y parecen destinados a tener su repercusión aún en la vida literaria.

Conviene, desde luego, tomar como fechas las mismas que nos han de servir para dividir las épocas de la historia general italiana, haciendo terminar así las primeras de dichas épocas con 1861; período de la resurrección nacional, y de los primeros anhelos de libertad, expresados de manera diferente por una literatura en la cual la castiza y limpia arquitectura formal, inspirada por el estudio de los clásicos, permite sin embargo expresar ya los nuevos ideales románticos, cuando menos a los tres grandes, Foscolo, Manzoni y Leopardi, que parecen replicar, en forma nueva, el gran "triunvirato", del siglo XIV. El resto, en general, es mediocre. Pero el espíritu regionalista, destinado a ser derrotado en política, sin embargo fuerte por sus antiguas tradiciones y avivado por el espíritu romántico, toma su revancha en la literatura, con los poetas que escriben en dialecto, o sobre asuntos de la sociedad provinciana.

La época que sigue es mucho más complicada y difícil de definir. Inferiores a los "tres Grandes" de la anterior, descuellan Carducci, Pascoli, Fogazzaro, Verga, y, más conocido en el exterior entre todos, D'Annunzio. La universalidad, alcanzada antes por los mayores escritores gracias a la fuerza de su propia inspiración, es buscada entonces a menudo gracias a un esfuerzo consciente de "ponerse al día", de estar en contacto con las literaturas extranjeras, sobre todo la francesa. Verismo y naturalismo, parnasianismo, simbolismo, Nietzsche, los rusos, Heine, Ibsen, en uno que otro caso los poetas ingleses, sobre todo Shelley; en el teatro y en la novela corrientes, alimento espiritual de la gente adinerada, Bataille, Bernstein, Abel Hermant, y por supuesto Bourget y P. Loti; entre los jóvenes los poetas y ensayistas del "Mercur de France", de la "Nouvelle Revue Française" y de los "Cahiers de la

Quinzaine". Jammes, Apollinaire, Gide, Claudel, Péguy, Rolland y Verhaeren, así como Unamuno y el ya dannunziano Valle Inclán, tuvieron sus secuaces y admiradores, hasta imitadores, en Italia: aquí prosperó, movimiento de inspiración francesa y cosmopolita, el futurismo, destinado a hacerse nacionalista en política. En gran parte, este afán de "desprovincializar" la literatura italiana, fue también efecto del movimiento de renovación filosófica, del cual fue máxima guía Croce: en literatura, puede calificarse como la reacción a D'Annunzio, la cual tomó aspectos y formas bien diferentes, en el grupo de los "poetas crepusculares", cuyo representante principal fue Gozzano (junto al cual puede colocarse Gaeta), en el "movimiento" de "La Voce" alrededor de Papini, en Pirandello y la Deledda, entonces todavía aislados. Precisamente si nos referimos a los últimos mencionados, difícil se hace distinguir esta época de la siguiente, entre 1915 y 1945. El desarrollo de Pirandello novelista, es anterior a la primera guerra mundial: "El difunto Pascal" es de 1904, el mismo año en que apareció "Cenere" (Ceniza) de Grazia Deledda; "Hombre acabado" de Papini, es de 1912. Por otro lado, D'Annunzio continuó escribiendo y publicando, su longevidad permitiéndole sobrevivir a poetas más jóvenes que él, como Gaeta y Gozzano. Pero las comedias de Pirandello, que mayor renombre le han dado en todo el mundo, son en su mayor parte, y las más características, de los años 1915-1922 o poco posteriores; "La madre", de Grazia Deledda, es de 1920, y con esta novela parece comenzar una nueva etapa, en la cual esta escritora abandona los temas, y los paisajes, de Cerdeña; las obras de poesía más pura de Papini, "Opera prima" y "Giorni di festa" son respectivamente de 1917 y 1918, mientras es de 1921 la "Historia de Cristo", testimonio y fruto de su conversión, aunque después de ella no produjo mucho que fuera de gran relieve literario. De un nuevo grupo de escritores, al parecer meros cultores de la forma en el sentido más retórico, alrededor de la revista "La Ronda", salió R. Bacchelli, con hondas preocupaciones morales, y hasta políticas, el que en cierto modo parece haberse hecho heredero también de cierto movimiento literario milanés, de anteguerra, animado a su vez por la aspiración de vincularse en parte, a los escritores "descabellados" de la "segunda generación romántica" de los años 1860-1880 y posteriores, pero, tras ellos, al severo y disciplinado Manzoni. Aparece, estrella fugaz llena de promesas que apenas comienzan a realizarse, Federigo Tozzi; Borgese parece abandonar el ejercicio de la crítica, para dedicarse a la literatura "de fantasía", poesía, novela, teatro, sin abandonar la política, para trasladarse después a Norteamérica. Entre los desterrados políticos, un organizador socialista, con el seudónimo de Silone se transforma en novelista de fama mundial; en Italia, detrás del coro de los periodistas lisonjeros, en buena o mala fé, se afirman escritores jóvenes, algunos de ellos expresando la desmoralización de las "clases elevadas", otros, la fuerza moral y la fidelidad a la tradición del pueblo campesino. En cambio, por interesantes que sean algunos de los últimos escritos de D'Annunzio, ("Notturno", 1921; "Cento, cento e cento pagine del libro segreto", 1935: que por

lo demás son bastante anteriores como inspiración), el D'Annunzio que literariamente vale, el que llamó la atención del mundo sobre su actividad de escritor —prescindiendo de los episodios de su vida— es aquel de los años 1892-1913, desde "El inocente" hasta la "Contemplazione della morte", de las tragedias en verso y de los cuatro tomos de "Le laudi" en el tercero de los cuales alcanza la cumbre de su expresividad poética, mientras en el cuarto ya se hace evidente la decadencia, mal escondida bajo el oropel de la retórica aparatosa, a base de evocaciones históricas y de anotaciones casi periódicas, que sirven de vehículo para una propaganda política, embriagadora y aturdidora (si se puede decir), precursora de aquella que vendrá en los años de la Guerra Mundial y del fascismo.

2. — LENGUA Y DIALECTOS

Dewey aplica a la lengua italiana, como a las demás, la misma subdivisión que a la inglesa, y de aquí viene, la importancia que en su clasificación recibe la ortografía, cuyo estudio en italiano tiene, sobre todo, un interés histórico. Así, "Paleografía e inscripciones" (451.7) interesan, desde el punto de vista lingüístico, como documentos de la historia del idioma, pero no en sí mismas, sobre todo la paleografía como ciencia, cuyo lugar más apropiado evidentemente, no es éste. Del mismo modo, escasa importancia tiene el estudio de las abreviaciones, de las cuales no se hace en Italia un uso tan frecuente y sistemático, como en los países de habla inglesa.

Relativamente al italiano, una subdivisión de la Historia de la lengua debería destinarse a la larga discusión relativa a la "cuestión de la lengua", o sea si la lengua literaria fuera, o debiera ser, el dialecto toscano en general, o el florentino en particular, o el habla de las varias cortes y personas cultas de toda Italia; y si debía dominar el uso de los escritores de toda época, inclusive la contemporánea, o bien solamente el de los escritores del siglo XIV, como pretendían los "puristas". Discusiones largas, y al parecer ociosas, pero que tuvieron gran importancia, también desde el punto de vista literario, y que se estudian hoy históricamente con interés.

Los dialectos italianos son numerosos y varios. Si se quisiera clasificarlos todos, la subdivisión regional —tomada de la Historia— que Dewey propone, se revelaría insuficiente. Sobre todo, no se atribuye en ella un lugar adecuado a los dialectos extranjeros. Por otro lado, se puede, siguiendo un criterio rigurosamente científico, llegar a una subdivisión más sencilla. Basta por eso adoptar la distinción general en dialectos norteños, toscanos (con el corso) y centro-meridionales; aparte se clasificarán los dialectos de Cerdeña, pues el sardo merece un lugar especial entre todos los idiomas neolatinos. Los dialectos no italianos podrán a su vez subdividirse según su origen (dialectos alemanes, eslavos, franco-provenzales, albaneses, etc.).

Aquí, con los dialectos, convendrá colocar también los atlas lingüísticos.

3. — HISTORIA

Los clasificadores de la Biblioteca del Congreso, no obstante toda su habilidad, se desmienten a sí mismos desde el comienzo. En efecto, la primera advertencia que dan es "para la historia general de Italia incluyendo Roma antigua, véase D G 466-468" o sea, los números destinados a las historias generales de la "Italia moderna, desde 476 E. V.". Cabe preguntar entonces, por qué de la "Italia antigua; Roma hasta 476" se ha hecho una división de la historia de Italia. Y, si se obedece a un criterio meramente geográfico, y las vicisitudes de la península en la antigüedad preromana y romana han de formar parte de la historia de Italia, entonces puede preguntarse por qué razón se clasifican aquí las "regiones fuera de Italia".

Dewey tiene perfectamente razón, cuando considera como historia de Italia solamente los acontecimientos desde la caída del Imperio Romano de Occidente. El criterio geográfico no basta, más bien, es erróneo. Por cierto, la descripción y el estudio de los restos arqueológicos de toda clase que nos informan acerca de la "prehistoria", admite, y acaso reclame, la adopción del criterio geográfico. En este sentido, muy limitado —y tomando siempre en cuenta sus limitaciones— se justifica hablar de una "prehistoria italiana". Pero el estudio de los dialectos del "grupo itálico" así como de los célticos, vénetos, etc., es parte de la lingüística indo-europea; las cuestiones relativas a la civilización de las "terramare", y a la "villanoviana" son inseparables de aquellas que se refieren al origen de los etruscos y al desarrollo de la historia especial de este pueblo, por otro lado, tan estrictamente conectada con la historia de Roma. La llegada de los colonos griegos, y la vida interior y exterior de sus ciudades, son parte inseparable de la historia del pueblo heleno; aun cuando se quiera estudiar —como se ha hecho— una región determinada, p. e. Sicilia, no se puede considerar esta historia como propiamente italiana. La conquista y unificación de la península bajo el dominio de Roma, así como sus consecuencias sociales, económicas y políticas, son parte esencial de la historia de los romanos.

Podría, sí, concebirse el plan de una historia regional de Italia dentro del "mundo romano": pero ella sería mucho más descripción de la organización administrativa y judicial, de la vida económica, de condiciones sociales, etc., que historia propiamente dicha. Durante la época republicana, el proceso de romanización colocó a Italia en una situación especial, al punto que, siendo numerosísimos los Itálicos que habían conseguido el derecho de ciudadanía romana, Roma puede parecer transformada, de Ciudad-Estado, en la "capital de un Estado en el sentido moderno de la palabra, a saber la península italiana".⁶ De hecho, no fue así: "La extensión de la ciudadanía romana hizo Roma e Italia políticamente idénticas", pero "hizo mucho para va-

⁶ V. Chapot, *Le monde romain*, Paris, Renaissance du livre, 1927, p. 139.

ciar de sentido la *civitas romana*".⁷ La única historia político-cultural de Italia fue de Roma; y tal estado de cosas continuó en la época imperial, cuando decreció la importancia de la península en el conjunto del Imperio "así que —por mucho que esto pueda parecer paradójico a primera vista— solo con la disolución de aquel conjunto Italia se encaminó hacia una historia nueva y suya. Esta continúa así y no olvida aquella de Roma y de su imperio, más aún, con la Iglesia, que hereda la universalidad del Imperio, mantiene su función de primacía espiritual; pero sólo, desde la caída del Imperio la historia italiana se desarrolla autónoma y con destinos propios: la fatigosa conquista de una forma política para la unidad nacional del pueblo italiano".⁸ Sería tal vez más exacto decir: el proceso histórico del formarse de la nación italiana —con consciencia nacional italiana— la cual sólo después de un trabajo de siglos logró darse la unidad e independencia políticas.

Así, pese a los esfuerzos dialécticos, que más bien podrían llamarse cavilaciones, de uno que otro escritor en un esfuerzo de hallar una justificación histórica para uno de los "motivos" de la propaganda fascista, en busca de "mitos" —el de la renovación del Imperio romano, por obra de Mussolini— la opinión unánime de los historiadores serios es que de una historia italiana en el verdadero sentido de la palabra, sólo se puede hablar a partir de la disolución del imperio romano. El resto pertenece a la historia del mundo antiguo y es materia de investigación por parte de aquel conjunto de estudios que forman la "ciencia de la antigüedad clásica". Y poco importa la existencia de obras de divulgación o de colecciones históricas (planeadas bajo el influjo de las preocupaciones políticas y propagandísticas ya aludidas) en las que se encuentren capítulos o tomos que tratan de la prehistoria italiana o de la historia de Roma dentro de la historia de Italia.

Ahora bien: ¿cómo subdividir esta historia italiana en períodos que correspondan a épocas claramente perceptibles, en el desarrollo histórico, y al propio tiempo se presten, desde el punto de vista práctico, para la clasificación bibliográfica?

En primer lugar encontramos la división acostumbrada de la historia en dos grandes épocas, la medieval y la moderna, a las cuales desde hace tiempo suele agregarse una tercera, que por falta de un término más adecuado, muchos llaman contemporánea. Sobre el concepto mismo de "Medioevo, Edad Media", la reflexión histórica y la crítica historiográfica han producido en años recientes muchas obras, y una discusión interesantísima, sobre todo —pero no exclusivamente— en Italia. Sería imposible, y fuera de propósito, dar de ella aquí una relación aún ligera. Pero ciertas consideraciones nos interesan.

En primer término, "Medioevo" significa "Europa". Aquello que le confiere unidad orgánica y significación histórica, es el cristianismo, que plan-

⁷ H. Last, en "The Cambridge Ancient History", X, Cambridge University Press, 1934, p. 425.

⁸ A. Momigliano, bajo el lema "Italia" en Enc. It. XIX, cit., p. 799 sg.

tea, junto con la tradición romana, el problema de la coexistencia de dos autoridades supremas y universales. La solución distinta que el problema recibe en Occidente y en Oriente, confiere a la historia de estos dos "mundos" históricos sus caracteres propios, y hace de Bizancio, en gran parte, una prosecución del mundo antiguo. Desde este punto de vista, aparece claro que tienen razón los que planearon la gran serie de historias de Cambridge, haciendo concluir la historia del mundo antiguo con Constantino, más exactamente, en el año 324; y comenzaron la historia medieval con el Concilio de Nicea. Pero también tienen mucho que alegar aquellos para quienes la Edad Media termina con la formación de las monarquías nacionales, en Francia e Inglaterra, donde se echan las bases del Estado moderno, independiente y absoluto frente al Imperio, y que como pleno soberano pretende arreglar sus relaciones con la Iglesia. Rechazada la suprema autoridad político-moral del "Emperador romano", el cisma de Occidente, la necesidad evidente de proceder a una reforma de la Iglesia, y ciertos planes que para ello se elaboran, hacen parecer deseable a algunos, y próximo, un cambio en la misma constitución de la Iglesia. El Medioevo terminaría así, entre el siglo XIV y el XV, con los soberanos que ya no respetan las inmunidades del clero, y más bien, durante el Gran Cisma, pretenden juzgar de la elección del Papa legítimo, afirman su derecho de proceder contra el pontífice hereje, mientras la gran contienda eclesiástica es en gran parte el fruto de antagonismos políticos, y para terminarla se acude al Concilio Ecuménico, institución parlamentaria, democrática, en el cual se afirman las naciones, mientras se intenta proclamar la superioridad del Concilio mismo sobre el Papa.

Por otro lado, la consideración de las condiciones más propiamente culturales, en el arte, en la literatura, en la filosofía, ya desde varios decenios ha llamado la atención sobre aquellos que se llamaron una vez los "precursores del Renacimiento" y se prefiere considerar ahora sus primeros representantes, en el curso del siglo XIV. Aparece siempre más evidente el carácter gradual del proceso, en virtud del cual se pasó de la cultura propiamente "medieval" a la "renacentista", y se nota el esfuerzo de estudiar este período de transición como una época aparte. Evidénciase esta tendencia en los planes de varias colecciones históricas. En la "Histoire du Monde" de Cavaignac, el tomo de A. Fliche, sobre la "Cristiandad Medieval" termina con la muerte de Inocencio IV en 1254. Pertenece a "Peuples et civilisations" de Halphen y Sagnac, el tomo redactado por Pirenne y Renaudet sobre "El fin de la Edad Media; los orígenes del Renacimiento y de la Reforma", seguido de otro sobre "Los comienzos de la Edad Moderna: el Renacimiento y la Reforma". Otro gran historiador, Huizinga, estudia en la corte de Borgoña del siglo XV, el "Otoño de la Edad Media", que es al propio tiempo la "primavera de la moderna" y la "Propyläen Weltgeschichte" dedica un tomo a "La época del Gótico y del Renacimiento" y el siguiente a "Reforma y Contrarreforma".

Parece que se encontró así una solución de compromiso, entre los historiadores católicos, que aceptan para el término de la Edad Media fechas anteriores, y los protestantes, sobre todo alemanes, para los cuales la historia moderna comienza con la publicación de las tesis de Latero contra las indulgencias.

Pero si "Medioevo" significa "Europa", es porque solamente entonces comenzó a formarse aquella unidad espiritual y cultural, y también política —abigarrada por cierto, hendida en grupos, partida por divisiones profundas, revuelta por convulsiones continuas, lacerada y desgarrada por luchas de toda clase, pero unidad, aunque tal vez no coincida exactamente con los términos que le atribuye la geografía— que llamamos Europa; y nunca ni en ninguna parte aparece tan real esa unidad, como cuando se la contempla desde América, y en el preciso momento en que se hace más rápido el proceso de su disolución en la unidad mundial o casi mundial que se viene formando, aunque carezca todavía de verdadera universalidad. Pero en aquella "Europa" del siglo XV, de unidad apenas incipiente y a lo sumo en el sentido religioso y moral, mas no económico, ni social, ni político, tan enormes siendo todavía las diferencias sustanciales entre sus partes, al punto que algunas no eran todavía "Europa" sino geográficamente; y sin embargo en búsqueda de unión más sustancial, en el esfuerzo de organizarse como sociedad, más bien que federación, de Estados soberanos e iguales, que muy bien, pensaban algunos, hubieran podido tener cada uno su iglesia nacional, como miembros independientes de una Iglesia Católica universal federativa, sin jefe visible, o con uno de muy limitada autoridad; en aquella Europa de fines del siglo XV no fue un hecho de pequeña trascendencia el que se formara un nuevo Estado nacional en Occidente, y se lanzara de inmediato en las contiendas de los otros, para extender su poderío, crear un "equilibrio" mas favorable (o romperlo en beneficio propio) en Europa y en las tierras allende los Océanos, cuyas rutas acababan de abrirse. Por eso, y porque representa América el primer desborde fecundo de Europa —la Europa física, material, que conquistó y pobló, pero al propio tiempo la "Europa" ideal que se trasplantó y civilizó— mantiene toda su trascendencia la tradicional fecha de 1492, que además, por tradicional, resulta de mayor utilidad práctica en el presente caso.

Es fecha también de suma importancia en la historia italiana, a pesar de la fuerza singular que en dicha historia tienen los argumentos en favor de hacer terminar la Edad Media hacia las últimas décadas del siglo XIV. Pero la fecha que se prestaría para ello puede servir más bien para señalar una época en que subdividir la historia medioeval italiana, pues es de toda evidencia que no conviene dejar sin divisiones un período que abarca mil años.

¿Cuáles han de ser desde luego dichas subdivisiones? La clasificación de la Biblioteca del Congreso establece para la historia política y militar italiana las siguientes divisiones: hasta 768; 768-1268; 1268-1492; 1492-1789; 1789-1815; 1815-1860; de 1861 en adelante. Después, en la clasificación por períodos propiamente dicha, acepta en primer lugar la división de la historia en

medieval (476-1492) y moderna. La primera es subdividida como sigue: a) 476 a 768, con las siguientes subdivisiones ulteriores: Odoacre (476-489), reino ostrogodo (489-553), hexarcado bizantino, reino lombardo (569-768); b) Emperadores francos; c) emperadores alemanes (962-1268), con subdivisión ulterior por centurias; d) Renacimiento, siglos XIV a XVI, con una sección para el periodo de los Señoríos, 1300-1492, y una subdivisión también por centurias (XIV y XV). La historia moderna comprende las divisiones siguientes: a) siglo XVI, 1492-1618, con subdivisiones: 1492-1577, invasiones; siglo XVII; siglo XVIII; b) 1792-1815, época napoleónica (con subdivisiones para las repúblicas Cispadana y Transpadana, la República Cisalpina, 1796-1802, la República Italiana, 1802-1806 y el "Reino Itálico", 1805-1814; c) siglo XIX, dividido en: 1848-1871, "Risorgimento" (y secciones para las revoluciones y guerras de 1848-49 y de 1859-60); Italia unida, desde 1871 (con secciones para los reinados de Víctor Manuel II, Humberto y Víctor Manuel III, y subsecciones para acontecimientos como la guerra de 1866, la ocupación de Roma, la Primera Guerra Mundial). Como se ve, esta clasificación no obedece únicamente a un criterio cronológico, ni se preocupa siempre de deslindar épocas claramente determinadas. En cuanto a la que establece, y a las fechas que elige, tendremos que hacer algunas observaciones dentro de poco.

Mas, si hemos de mantenernos fieles al sistema decimal, de poco nos sirve la distinción de dos épocas principales. Pero, al proceder a una subdivisión, hemos de tomar en cuenta que las épocas recientes interesan más, sobre todo a lectores americanos, y que la Segunda Guerra Mundial, la caída del fascismo, la convocatoria de una Asamblea Constituyente y otros cambios determinan con toda seguridad, como ya se ha dicho, el comienzo de una nueva época de la historia italiana. Desde luego, no conviene dedicar muchos números a la historia medieval.

Esto significa alejarse de Dewey, que destina a la historia medieval no menos de 5 números. Desde un punto de vista meramente objetivo, como el de la duración de la Edad Media en comparación con la contemporánea, está bien, y hasta se puede observar que la historia moderna queda favorecida. Además, hasta más o menos 1915, la mayor parte de las publicaciones sobre historia italiana concernían precisamente el Medioevo. Esta orientación dependía de una serie de causas. Era, en parte, el sobrevivir de ciertas preocupaciones románticas, y de la época de la emancipación (polémicas sobre la condición de los italianos bajo la dominación lombarda; influjo de Sismondi; interpretación "patriótica" del Medioevo italiano, como época de libertad y de independencia, pese a las polémicas, que se reflejaron en el pensamiento y en la acción política, entre "neo-guelfos" y "neo-gibelinos" acerca de la función histórica del Pontificado romano; y formación de verdaderos "mitos" como el de la Liga Lombarda y de la batalla de Legnano). En parte, también respondía al influjo de la historiografía, y sobre todo de la metodología histórica alemana, con el triunfo de una orientación filológica, que a su vez co-

rrespondía a la necesidad de descubrir, editar y comprender las fuentes; y después, con el prevalecer de nuevas orientaciones, al natural deseo de reinterpretar hechos y épocas estudiados ya por los historiadores antecedentes, cuyos trabajos preliminares hacían más fácil la aplicación de los nuevos criterios económico-sociales y jurídicos. Agréguese a esto la convicción, bastante radicada en la mayoría de los universitarios (e importante en un país donde las cátedras se ganan por concurso, los candidatos se juzgan en base a las publicaciones que presentan, y el jurado se compone de catedráticos de la materia), de que la historia moderna era "más fácil" (y lo es, cuando toda o casi toda, la labor historiográfica se haga consistir en filología) y de que, en todo caso, dedicarse a la historia medieval suponía, y al propio tiempo proporcionaba, una mejor preparación técnica.

A partir de la Primera Guerra Mundial, sin embargo, un conjunto de circunstancias ha hecho modificar esta actitud. La historia del "Resurgimiento", a medida que se hacía más lejana, y desaparecían de la escena los varios personajes, atenuándose así los ecos de las pasiones, pudo estudiarse con mayor objetividad: pasó de la fase que fue denominada "hagiográfica", o polémica, entre republicanos y monárquicos, cavourrianos y garibaldinos, etc., a la fase propiamente histórica, determinada por el afán no sólo de conocer exactamente los hechos, en base a una documentación completa, sino de entenderlos correctamente, de explicarse los orígenes del movimiento emancipador, y de conectarlo idealmente con las restantes épocas de la historia italiana. Los importantes acontecimientos internacionales, que afectaban a toda la nación, volvieron a despertar interés para la política; las disputas doctrinarias, junto con la renovación de los estudios filosóficos, llamaron la atención sobre las ideas políticas, así como sobre problemas espirituales; las cuestiones económico-sociales contemporáneas movieron el interés sobre sus antecedentes más cercanos; se puede decir que la misma necesidad, siempre advertida, de disponer del mayor número de fuentes editadas y utilizadas en la mejor forma posible, hizo patente la conveniencia de hacer, con las centurias posteriores, aquello que se había en gran parte realizado para la Edad Media. Así en la producción historiográfica italiana de los últimos treinta años, se nota un creciente interés, y un mayor número de publicaciones, en el campo de la historia moderna.

Dewey subdivide la historia italiana como sigue: reinos ostrogodo y lombardo, 476 a 774 (fecha sin duda preferible a la de 768, muerte de Pipino y ascensión de Carlomagno, que no pertenecen a la historia italiana); de 774 a 961 (más exactamente 962, coronación imperial de Otón I; de 962 a 1122; época de las Comunas, 1100 a 1300; época de los déspotas (señoríos), 1300 a 1492.

Dicha periodización coincide más o menos con aquella de la Biblioteca del Congreso. Otros historiadores difieren en señalar las épocas posteriores a 962: algunos prefieren hacer terminar una, en lugar que con el Concordato de Worms, en 1130, (primera coronación de Rogerio I como rey de Si-

cilia) o 1133 (incoronación imperial de Lotario III); otros hacen llegar esta época hasta 1266 (batalla de Benevento y Carlos de Anjou en Nápoles; la Biblioteca del Congreso prefiere 1268, ejecución en Nápoles de Conradito, "Corradino" de Suabia), también hasta 1302 (tratado de Caltabellotta, Fadrique II de Aragón como "Rey de Trinacria", o Sicilia) o 1313 (muerte del Emperador Enrique VII). De lo que sigue algunos hacen una sola época hasta 1492; otros subdividen: de 1266, 1302 o 1313 hasta 1378; de 1378 a 1454 (paz de Lodi, entre Francisco Sforza duque de Milán, y Venecia, con la mediación de Florencia y del Papa; formación de la "Santísima Liga" entre Milán, Florencia y Venecia, con la posterior adhesión del Papa Nicolás V y de Alfonso de Aragón, quedando así asegurado el equilibrio entre los mayores Estados de Italia, con submisión de los menores); y de 1454, hasta 1492 o 1494. Generalmente se hace durar desde más o menos 1100 hasta 1300 (o, para tener una fecha más característica, 1313) la "época de las Comunas; sigue aquella de los "Señoríos", los que, a su vez, con la concesión de títulos imperiales o pontificios, se convirtieron en principatos, y los de origen feudal, también cambiaron de carácter. Pero Señoríos se notan ya desde el siglo XIII, de modo que una distinción neta entre estas dos épocas (no faltan quienes distinguen también una "época de los principatos") resulta tan difícil, como lo es establecer una fecha exacta para el comienzo de las Comunas.

A pesar de tratarse de una historia tan complicada y variada, me parece más práctico, desde muchos puntos de vista, hacer una sola época "barbárica y feudal", que podría considerarse concluida en 1139, fecha de la segunda coronación, por parte del Papa Inocencio II, de Rogerio I como rey de Sicilia y duque de Calabria y de Puglia, consecuencia de haber terminado el cisma romano, con la muerte del antipapa Anacleto II. Esta fecha marca el fin de las autonomías locales en el Sur, con la formación del "reino de Sicilia" dentro de los límites que, con muy escasas variaciones, mantuvo por más de siete siglos; y coincide además con el reconocimiento definitivo de Conrado III de Suabia como rey de Alemania.

La época posterior podría hacerse llegar hasta 1378, fecha que me parece recomendable por el gran número de acontecimientos importantes a que se refiere: en primer lugar, el Gran Cisma de Occidente, que hace de ella una fecha de la historia, no solo italiana, sino universal; un acontecimiento conexo, o sea la coronación, por el Papa Urbano VI, de Carlos de Durazzo como rey de Nápoles, aunque reinó efectivamente sólo a partir de 1381; muerte de Fadrique III de Sicilia, iniciación del proceso que debía hacer de la isla un simple Virreinato; muerte de Galeazzo II Visconti y sucesión de Gian Galeazzo en parte del dominio, que éste debía poseer solo y agrandar; motín de los "Ciompi" en Florencia, marcando en la historia constitucional y social de esta ciudad una crisis, en la cual comenzaron a echarse las bases del Señorío de los Medicis; comienzo, de la tercera y última guerra entre las dos grandes repúblicas marítimas, la "guerra de Chioggia", que terminó en 1381 con

la derrota de Génova, debilitada en Oriente y al interior, pero que puso a Venecia frente a una coalición formidable, obligándola a desarrollar una nueva política de conquistas en la tierra firme.

No vale absolutamente la pena, en cambio, hacer terminar una época y comenzar otra con la paz de Lodi, a pesar de su importancia; pues el delicado e inestable equilibrio político y militar que se estableció en 1454 se vió continuamente amenazado, y no cesaron con ella las guerras y rivalidades entre los Estados italianos (Florenia contra el Papa, éste contra Nápoles, todos contra Venecia).

En estas condiciones, con el despertar de ambiciones territoriales en las grandes monarquías europeas, Francia y España, —dentro de un complicado juego de intereses, que afectaba también al emperador Maximiliano, interesado en defender su porción de la herencia borgoñona, y en refrenar a los Venecianos— se preparó la intervención extranjera en Italia. La invasión de Carlos VIII en 1494 representa así una fecha trascendental en la historia italiana. Pero los manejos diplomáticos que prepararon la expedición francesa contra Nápoles, y la crisis político-religiosa de Florenia, en la cual se destaca Savonarola, fueron favorecidos o provocados, por la muerte de Lorenzo el Magnífico en 1492. Por consiguiente, tomando en cuenta también la conveniencia de emplear, aun tratándose de la historia de un país determinado, fechas que marcan épocas de la historia universal, bien podemos hacer terminar en 1492 la tercera de las épocas en que hemos dividido la historia medieval.

Veamos ahora cual es la situación tratándose de la historia moderna,

Esta tiene, en la clasificación Dewey, las siguientes subdivisiones: 1492-1527; predominio español y austriaco, 1527-1796; luchas por la independencia, 1796-1870; Italia unida, desde 1870.

Pero, a pesar de concordar en esto Dewey, con los clasificadores de Washington, no me parece justificado determinar una época que terminaría en 1527. Pues las contiendas por la supremacía en Italia no terminaron de seguro con el saqueo de Roma, ni siquiera con la coronación de Carlos V en Bolonia (1530); y hay que bajar hasta 1559 para ver establecido el predominio español en Italia.

Mucho menos pueden confundirse la dominación española con la austriaca. Pese a la política francesa y a sus intervenciones en el Norte (y también en Sicilia), el predominio español perduró firmemente sobre toda la península hasta los tratados de 1713 y 1714. Estos no dieron sin embargo a Italia un arreglo territorial estable. En 1720 Víctor Amadeo II de Saboya tuvo que ceder Sicilia a Austria, recibiendo en cambio Cerdeña, pero fue reconocido el Infante don Carlos de Borbón como sucesor de Antonio Farnesio en el ducado de Parma y Piacenza. El segundo tratado de Viena, en 1738, hizo ascender al Borbón sobre el trono de Nápoles, aunque Parma y Piacenza se agregaran a las posesiones de Austria, y se colocara la Casa de Lorena en Toscana; pero los Saboya adquirieron nuevas tierras al Este, hacia Lom-

bardía. Diez años más tarde, el tratado de Aquisgrán hizo llegar los Saboya al Ticino, y colocó otra vez un Borbón, don Felipe, en el restablecido ducado de Parma y Piacenza. En fin, pasó Córcega bajo la dominación francesa en 1769. El prestigio y la fuerza política de Austria fueron desde luego, en el siglo XVIII, mucho menores de lo que habían sido los de España en el XVII.

Un cambio igualmente notable se observa en la cultura. En cierto sentido, más bien debería hablarse de un influjo de la cultura italiana en la Corte de Viena. Grande fue en cambio, la influencia que ejerció en Italia, como en todo el mundo, la cultura francesa. Pero no todo vino de afuera. En las ideas políticas y filosóficas como en la literatura, en las artes como en la administración se nota un movimiento de renovación. Algunos Estados: Venecia, Génova, el Dominio Pontificio, aparecen como estancados, y en decadencia progresiva y sin remedio; pero en otros, como los dominios de la Casa de Saboya, por algún tiempo, y especialmente Nápoles, Toscana, Parma, Lombardía, bajo los "ilustrados" representantes de María Teresa y José II, se nota un despertar de energías nuevas, mejoras en la situación económica y una intensa vida intelectual. En la historia italiana, se designa este momento también como la época de "las reformas" o de "los príncipes reformadores". En esto procedió Italia en pleno acuerdo y al unísono con toda la cultura europea de la "ilustración" y del "despotismo ilustrado". Pero en los centros principales, Nápoles, Milán, Florencia, y asimismo en otros, se hace algo más que repetir, desarrollar o aplicar las ideas esparcidas por los libros que llegan de Francia (y también de Inglaterra). Hay, a pesar de cierta dejadez y relajación moral que perdura, y que apalearán los poetas de la segunda mitad del siglo, originalidad en las ideas, espíritu de aventura —en bueno y en mal sentido— y mayor conciencia nacional. Es como si en la masa informe, a que se habían, o parecían haberse reducido los italianos, se hubiera echado levadura nueva. Comienza la fermentación, al principio apenas perceptible. Pero es en esta renovación, donde la crítica histórica reciente ve manifestarse los primeros síntomas, las señales, de origen indígena, de aquel que habría de ser el "Risorgimento", la "resurrección" nacional. El propio término, aunque todavía en un sentido literario-artístico, casi como sinónimo de "Renacimiento", aparece en escritos de 1769 y 1775. En el segundo, un libro del padre jesuita y mediocre poeta Bettinelli, la referencia es hacia el pasado; pero en el primero, obra bajo todo otro aspecto insignificante de un autor mercedamente olvidado, el conde Bevenuto Robbio di San Raffaele, aparece ya acompañado por un epíteto característico, expresión de un esfuerzo, de un afán y de una esperanza: "inminente". Se trata ya, aunque en forma limitada y tímida, del mismo espíritu de profecía que inspira la actividad de Vittorio Alfieri, el hombre más representativo de la nueva Italia que se prepara, maestro y ejemplo de la generación siguiente.

No se pretende con esto desvirtuar la trascendencia del influjo francés, antes, y aun más durante la Revolución y la dominación napoleónica. El im-

pacto de las ideas, de las realizaciones, y de la energía revolucionarias francesas no fue como una diana que repentinamente despertase a Italia de un letargo de siglos; pero sí, al sumar su ímpetu con el más apacible movimiento anterior, le dio un vigor y una aceleración imprevistos. ¿Qué año conviene tomar como comienzo de la nueva época? Hay quienes, sin más buscar, eligen 1789; otros, 1792, cuando el reino de Cerdeña se unió a Austria en la guerra contra la revolución; otros, en fin, 1796, la primera campaña de Bonaparte en Italia. La conveniencia de hacer coincidir en lo posible las épocas de una historia nacional con aquellas de la universal, o europea, hacen inclinarse por la primera. Desde el punto de vista estrictamente italiano, convendría más la última. Y naturalmente termina esta época con el Congreso de Viena y la Restauración de 1815.

No fueron solamente conservadores empedernidos quienes saludaron con satisfacción la caída del hombre, que los círculos liberales de Europa llamaban ya "el tirano". La política napoleónica, antes, con el "vender" Venecia a Austria, y después, haciendo del "Reino Itálico", un "estado satélite" de Francia, y anexando Piamonte, Liguria, Parma y Piacenza, Umbria y Lacio, directamente al Imperio, aun más que con el mantener separado el Reino de Nápoles (que por su historia y tradiciones no estaba moralmente listo para su incorporación al resto de Italia, ni los demás italianos para desearla) había provocado en los espíritus liberales una fuerte decepción. Pero tampoco eran maduros los ánimos de los italianos, ni favorables las condiciones políticas europeas, para la realización de la intentona de Murat, en 1815, aun cuando el hombre hubiese sido diferente. Con 1815, así, comienza la época del efectivo predominio austriaco en Italia, que la Santa Alianza reconoció como perteneciente a la "zona de influencia" austriaca, época también de restablecimiento de regímenes y sistemas de gobierno anticuados. Por consiguiente, el problema de deshacer lo establecido en el Congreso de Viena tuvo un doble aspecto, haciendo así coincidir el anhelo a la independencia con aquel de la libertad; y sin que ambas cosas apareciesen a todos como involucrando necesariamente la unificación.

Se establece así un paralelismo y un sincronismo entre los movimientos liberales europeos, en 1820-21, y en 1830-31, y las insurrecciones italianas, hasta el mayor estallido revolucionario de 1848-49, que por haber originado sublevaciones, por un tiempo victoriosas, en toda Italia, y una guerra "regular", marca indudablemente una etapa. La siguiente es representada por la conclusión de las guerras y revoluciones de 1859-60, los arreglos con Napoleón III y la proclamación del "Reino de Italia" el 17 de Marzo de 1861; la tercera, por la ocupación de Roma.

En general, es con 1870 que se hace concluir la época del movimiento emancipador. No hay duda, de que para los italianos de entonces, y de la generación sucesiva, así fue efectivamente; la unificación de Italia independiente no podía concebirse completa sin Roma y Venecia. El "irredentismo" posterior, o sea la aspiración a reincorporar en la unidad nacional a Trento

y Trieste, se mantuvo y fortaleció; pero más bien como deseo de dar a la obra el acabado definitivo, que como convicción de que le faltara algo completamente esencial.

Por otro lado, en años recientes, se han hecho valer otras consideraciones. En una obra de vulgarización; pero redactada por historiadores de autoridad, la historia del "Risorgimento" abarca cuatro tomos, que la dividen así: 1700 a 1815; 1815-1849, 1849-1881; 1881-1814.⁹ La división adoptada para los últimos dos tomos, no ha hallado, que yo sepa, imitadores. No hay duda, de que se fundamenta en una interpretación de la historia italiana, a la vez, demasiado "sabauda", y dominada por la consideración de la política exterior. Pero desde el punto de vista interno, o sea de los problemas que la unificación política y su misma formación planteaban al nuevo reino, —y que eran mucho mayores en el Sur— no hay duda de que una época nueva comienza con 1861. Por lo demás, el nuevo Estado nació afirmando sus aspiraciones sobre Roma, y tratando de realizarlas, de cualquier modo. La propensión de muchos historiadores recientes hasta hacer comenzar la época de la "Italia unificada", en 1861, se debe a cierto paralelismo que se vino estableciendo, entre la liberación de Venecia en 1866, la de Roma en 1871, y la de Trento y Trieste en 1918, todas como resultado de grandes conflagraciones europeas; a esto se agregó la consideración que, para la Santa Sede, y también en las conciencias de numerosos católicos, la "Cuestión romana" no quedó solucionada definitivamente sino en 1929. Pero más aun influyó la idea —derivada de la concepción de la "historia ético-política" de Croce, (que sin embargo escribió su conocida "Historia de Italia de 1871 a 1914")— que la verdadera historia política italiana comienza con la formación del organismo político, del estado, nacional. Puede agregarse a estas la observación que con la muerte de Cavour se produjo efectivamente un cambio en la política italiana. El interés siempre mayor que despiertan los estudios de historia económica, obligando a investigar cuestiones como aquellas de la unificación monetaria, de la deuda pública y del presupuesto nacional, o del comercio exterior y del sistema de aduanas, contribuye no poco a fortalecer este punto de vista. Luego, para nosotros, ha de contar una consideración de orden práctico: a saber, la mayor facilidad de clasificar las publicaciones oficiales (empezando por el primer censo oficial italiano, de 31 de Diciembre de 1861) desde el comienzo del Reino de Italia.

Llegamos así a la historia propiamente contemporánea. En los historiadores italianos se observa la tendencia de hacer concluir una época con la Primera Guerra Mundial, ya sea que, como Croce, o Silva, la dejen fuera de su tratado, ya sea que la incluyan, como Omodeo.¹⁰ Abundan, además, natu-

⁹ A. M. Ghisalberti, *Gli albori del Risorgimento italiano*; A. Ferrari, *La restaurazione in Italia*; M. Rosi, *L'unità d'Italia*; P. Silva, *L'Italia fra le grandi Potenze*; Roma, P. Cremonese, 1930-31 ("Collezione Omnia", nn. 24-27).

¹⁰ A. Omodeo, "L'età del Risorgimento italiano", nuova ed., Messina, 1931. V. también la nota anterior.

ralmente, los escritos sobre la guerra misma, y sobre sus consecuencias y la post-guerra. Aquí nos encontramos con el fascismo, el cual avanzó dos pretensiones contradictorias: la de ser el auténtico representante de los combatientes y el heredero y realizador de las aspiraciones que determinaron la decisión de participar en la contienda, y de ser al propio tiempo algo del todo nuevo, con el cual empezaría una "nueva historia". El 28 de Octubre de 1922 fue considerado como el comienzo de la "era fascista" y ya algunos años antes de la última guerra podía observarse una marcada tendencia hacia transferir a ese día los festejos y celebraciones oficiales que se acostumbra tener el 1º de Enero. Los monumentos y obras públicas, planeadas o construidas en gran parte en años anteriores, fueron consideradas oficialmente como "obras del régimen" y se cubrieron de placas con el haz; la historiografía oficial y la propaganda, pretendieron ignorar, o bien despreciaron, sistemáticamente, todo lo que se había hecho en Italia antes de la aparición de Mussolini, solo exceptuando, cuando fuese necesario, a los héroes del "Risorgimento", a las personas de la familia real y a uno o dos "precursores" (p. e. Crispi).

Para los adversarios del fascismo, éste representó igualmente, una brusca división tanto de sus existencias individuales como de la vida nacional. El fascismo era tan opuesto a las tradiciones liberales de la emancipación y de los primeros sesenta años del reino, tan diferente de todo lo que se consideraba la esencia misma del carácter del pueblo italiano, que esto llevó a los mismos antifascistas a aceptar en cierto modo el punto de vista de la historiografía adversaria. Pero al mismo tiempo rechazaban la tesis, de que Italia, como verdadera nación moderna hubiese comenzado con el advenimiento de Mussolini en el poder.¹¹

De los problemas que el fascismo plantea a la conciencia nacional (desde luego histórica) de los italianos, los referentes a cómo logró enseñorearse de toda la vida estatal y nacional, afianzar su dominio y desarrollarse en totalitarismo, o a sus aspectos múltiples y sus cambios de actitud en cuestiones fundamentales, no son tan graves (pues todo ello es relativamente fácil de explicar), como el de su génesis y de su esencia. ¿Cómo situarlo en el desarrollo histórico, que forjó el "alma nacional" del pueblo italiano, y conciliarlo con aquellas que parecen ser sus características más evidentes y fundamentales? Hé aquí el verdadero problema. Pero, considérese como una enferme-

¹¹ Estas tendencias variadas han repercutido no sólo en la historiografía del Resurgimiento, sino en la determinación de sus límites. G. Volpe ("Momenti di storia italiana", Florencia, 1925) declaró que el "Risorgimento" ha sido un proceso histórico de alcances más vastos que la formación del estado nacional italiano; no había pues razón de hacerlo terminar en 1861 o 1870. Durante la última guerra, fundándose en consideraciones generales, pero con una intención de subrayar la diferencia entre las dos épocas, recalando el contraste entre la participación italiana en la Primera Guerra mundial y en la Segunda, A. M. Ghisalberti ("Introduzione alla storia del Risorgimento", Roma, 1942) hace terminar el Resurgimiento en 1918.

dad momentánea y sobrevenida desde afuera, o como un subir a flote de ciertas tendencias, generalmente cohibidas y dominadas, siempre quedará imposible estudiarlo sin tomar en cuenta las circunstancias que le permitieron triunfar, en las circunstancias históricas de la primera post-guerra, y contribuyeron a moldearlo y determinar su trayectoria. El afán de contestar esas preguntas y enjuiciar el fascismo histórica además de moral y políticamente, se nota en todos los más serios escritos recientes sobre él. Por consiguiente, conviene no separarlo de la época anterior, y más bien, por las razones ya brevemente indicadas, concluir una época con este año de 1946.

* * *

Dewey tiene defectos en cuanto a la historia local. En su lista de las "divisiones geográficas" de Italia, Dewey evidentemente trata de seguir la distinción por "regiones", tal como se encuentra en las publicaciones oficiales italianas, empleándose en ellas a veces el término de "compartimenti", a veces el de "regioni". En la determinación de las "regiones" de la nomenclatura oficial, que es también aquella de uso común, han influido igualmente el criterio geográfico, el histórico y el meramente administrativo. La "región", como tal, no existió hasta ahora en el sistema administrativo italiano, excepto, un par de veces en momentos difíciles, Sicilia; el "unitarismo" —si se puede decir— fuertemente centralizador que prevaleció sobre los planes federalistas de algunos entre los próceres de la independencia, impidió que se mantuviesen distinciones territoriales que coincidiesen con los antiguos estados. Por consiguiente, aunque el estado liberal respetara las autonomías locales, se creó una entidad administrativa —la provincia— dentro de límites territoriales completamente arbitrarios, solo tomando en cuenta, no siempre con verdadero acierto, la oportunidad de halagar el orgullo de las ciudades más importantes (es una jactancia tradicional de Italia la de poseer "cien ciudades", y es un rasgo característico de la civilización italiana el de haber sido, en todas las épocas de su historia, tan prevalentemente urbana) y las facilidades de comunicación. Las provincias se dividieron en "circundarios" o sub-prefecturas. Las sesentinueve provincias de 1914 subieron a 76 con anexiones consiguientes a la primera guerra mundial; el fascismo, suprimiendo las sub-prefecturas, aumentó el número de las provincias a 92, procediendo a una serie de modificaciones territoriales. Pero, cuando la realidad histórico-social se impuso, sobre todo en el estudio de ciertos fenómenos sobre bases estadísticas, se volvió a considerar la "región". Sin embargo, se hicieron coincidir los límites de cada una con aquellos de las provincias de que se consideró compuesta.

Estas "regiones" italianas no son "regiones geográficas" o "regiones naturales" en el sentido geográfico moderno. Estas son mucho más de las 19 (incluyendo Sicilia y Cerdeña, distinguiendo el "Véneto" de la "Venezia tridentina" y de la "Venezia Giulia" a la cual se agregó la "provincia", o sea

la ciudad, de Zara) de la nomenclatura oficial. Al concepto de "región geográfica", se acercan mucho más, en Italia, ciertas denominaciones tradicionales de áreas bastante bien definidas —como Canavese, Brianza, Cadore, Garfagnana, Ciociaria, Gallura, etc.— que sin embargo no son reconocidas oficialmente. Dewey a su vez tuvo que hacer entrar las 19 "regiones" (o las 17 de su tiempo) dentro de su sistema decimal. En conjunto, no lo hizo mal, y hasta cierto punto, p. e. juntando las "regiones" del Sur, reflejó una parte considerable de la realidad histórica. Pero en su subdivisión han desaparecido, no sólo todas las "regiones naturales" de las que he dado algunos ejemplos, sino varios de los antiguos estados italianos.

Ahora bien, la historia de esos estados es mucho más importante que una simple "historia local". No puede compararse, desde el punto de vista universal, con aquella de un condado inglés, o hasta de un estado norteamericano. Tómese p. e. un pequeño estado agrícola-feudal como el marquesado de Monferrato. Allí vino a reinar una rama de los Paleólogos, emperadores bizantinos; a la extinción de esta familia, la cuestión de la sucesión dió mucho que hacer a Carlos V, y fue finalmente decidida por el tratado de Cateau Cambresis, en 1559, en favor de los Gonzaga; a la muerte de Francisco IV Gonzaga, en 1612, la sucesión en el Monferrato provocó por parte de Carlos Manuel I de Saboya, con la ayuda de Venecia, contra España y el Imperio, una guerra que por un momento pareció transformarse en una verdadera insurrección nacional contra España (una de sus repercusiones fue la última expedición de Raleigh en Guyana); con la muerte de Vicente II, la cuestión de la sucesión de Mantua y Monferrato determina la apertura de un verdadero período, el "período italiano" en la gran guerra de los Treinta años.

Por esto, aunque con el tiempo la extensión territorial de los mayores estados italianos haya llegado a abarcar casi toda una "región", es históricamente imposible prescindir, en una clasificación de la historia italiana, por lo menos de los principales: los dominios de la casa de Saboya; la República de Génova; el ducado de Milán; la República de Venecia (y el "Reino lombardo-véneto", de 1815 a 1859); los estados de la Iglesia; el Gran Ducado de Toscana; el Reino, o los Reinos, de Nápoles y de Sicilia, y las dos islas de Cerdeña y Córcega. Las vicisitudes históricas, que determinaron cambios territoriales, dinásticos, políticos y de denominación (los Saboya, condes, duques, después reyes de Sicilia y por último de Cerdeña; reino de Sicilia, reino de Nápoles, los dos virreinos, el "reino de las dos Sicilias") hacen además necesario proceder a una subdivisión cronológica dentro de cada uno. Y esto, aun prescindiendo de los estados menores, ya sea de origen feudal, ya sea formados por repúblicas, como Pisa, Lucca, etc., o por la expansión territorial de una comuna, en la cual acabó por afirmarse el señorío de una familia (Ferrara, Mantua, etc.). Para proceder con todo rigor, en casos como los de Florencia, Venecia, etc., debería distinguirse también entre la historia estrictamente local, de la ciudad propiamente dicha, y aquella del estado del cual fue la capital.

Las subdivisiones cronológicas de los principales estados italianos podrían ser las siguientes:

A) Estados de la casa de Saboya: desde los orígenes hasta Manuel Filiberto (1559); ducado de Saboya, 1559-1713; reino de Sicilia y de Cerdeña, 1713 (1720)-1796; dominación francesa: 1796-1815; reino de Cerdeña, 1815-1860; desde 1861.

B) Milán y su ducado: de los orígenes hasta fines del siglo XI (constitución de la comuna); 1100-1330, Comuna y luchas entre Torriani y Visconti; 1330-1447, Señorío y ducado (1395) de los Visconti; 1447-1535, República Ambrosiana y ducado de los Sforza; 1535-1713, dominio español; 1714-1796, dominio austriaco; 1796-1815, periodo napoleónico; 1815-1859, dominio austriaco; desde 1860.

C) Génova: de los orígenes al siglo XI (formación de la Comuna); 1100-1339, la Comuna; 1339-1528, duces perpetuos, dominio milanés y francés; 1528-1576, predominio de los Doria; 1576-1796, decadencia; 1796-1815, período napoleónico; 1815-1860, unión con Piamonte; desde 1860.

CH) Venecia: de los orígenes hasta 1140; 1140-1299, organización y expansión; 1300-1540, expansión y apogeo; 1540-1797, decadencia; 1797-1815, época napoleónica; 1815-1866, dominio austriaco; desde 1866.

D) Florencia y Toscana: hasta 1115; Florencia, 1115-1434 la Comuna; 1434-1494, Señorío de los Medicis; 1494-1530, últimas luchas por la libertad; Gran Ducado de Toscana: 1531-1737 (los Medicis); 1737-1800 (Casa de Lorena); 1800-1815 ("reino de Etruria" y dominación francesa); 1815-1859 (Casa de Hasburgo-Lorena); desde 1860.

E) Estados de la Iglesia: orígenes y formación hasta 774; 774-1073, (Adriano I a Gregorio VII); 1073-1305, (Gregorio VII a Clemente V); 1305-1377 (Papas de Aviñón); 1378-1503 (Urbano VI a Julio II); 1503-1800 (Pablo III a Pío VII); 1800-1870, Vaticano (museos, etc.), Letrán y otras propiedades, 1871-1928; Ciudad Vaticana, desde 1929. No deben confundirse, por supuesto, los dominios territoriales pontificios con la Santa Sede.

F) Reino de Nápoles (la historia anterior puede subdividirse en: época bizantina y feudal hasta 1030; conquista normanda, 1030-1139; unión con Sicilia, 1140-1302); 1266-1381 (dinastía de Anjou); 1381-1443 (dinastía de Anjou-Durazzo); 1443-1504 (dinastía de Aragón); 1504-1707 (virreinato español); 1707-1734 (dominación austriaca); 1734-1798 (Borbones); 1799-1815 (período napoleónico); 1815-1860, reino de las dos Sicilias (Borbones).

G) Sicilia: 535-827, dominación bizantina; 827-1060, dominación árabe; 1060-1139, conquista y dominio normando; 1140-1302, reino de Sicilia (Sicilia y Pulla); 1302-1415, reino de Trinacria (dinastía de Aragón); 1415-1712, virreinato aragonés y español; 1713-1734, Saboya y Hasburgo; 1734-1815, Borbones; 1815-1860, reino de las Dos Sicilias (Borbones).

H) Cerdeña: hasta el siglo XI, dominación bizantina y de la Iglesia, invasiones; 1000-1305, autonomías ("jueces"), luchas entre Génova y Pisa; 1305-1478, conquista aragonés; 1478-1720, dominación española y austriaca; 1720-1860, "reino de Cerdeña" (Saboya).

I) Córcega: hasta 1014, dominaciones bizantina, lombarda y franca; 1014-1195, supremacía de Pisa; 1195-1485, luchas entre Génova y Pisa, predominio genovés; 1485-1729, dominio genovés; 1729-1796, revoluciones y conquista francesa (Pasquale Paoli); desde 1796, unión con Francia.

El problema de como situar estos principales estados italianos dentro de la clasificación de Dewey, no es difícil, pues exceptuando Nápoles, ella no emplea sino un solo número decimal después del punto. En cuanto a las otras ciudades, provincias o regiones, inclusive los estados menores, queda la posibilidad de injertar una vez más el sistema de la Biblioteca del Congreso (véase el N° D G 975) clasificando dichas ciudades, etc., por orden alfabético, dentro de la región a la cual pertenecen.

Queda el problema relativo a la historia antigua de esas ciudades y a sus monumentos arqueológicos propiamente dichos. Pues esta clasificación topográfica ha de poder servir también para las obras de "Viajes y descripción".

Dewey establece la siguiente regla (v. N° 913): "Las antigüedades de ciudades que poseen números tanto de historia antigua como de historia moderna, deberían clasificarse bajo 913.3, de no ser que las antigüedades se refieren del todo o en mayor parte al país después de que entró en el período «moderno». La Biblioteca del Congreso clasifica igualmente las ciudades, por la parte correspondiente a la antigüedad, bajo "Italia antigua y Roma hasta 476", pero con un reenvío: "por la historia moderna, incluyendo la antigua y medieval", v. el N° D G 70".

Desde luego, separación. Sin embargo, caben algunas consideraciones. En primer lugar, generalmente las monografías sobre ciudades, no sólo tratan así de sus monumentos y obras de arte como de su historia, sino que lo hacen relativamente a todas las épocas. En segundo lugar, debemos considerar los cambios de nombre. Deberíamos, para ser rigurosos, clasificar la historia antigua bajo el nombre latino (griego, celta, etc.), y la moderna bajo el actual (a veces con un tercer nombre para la historia medieval). Además, la distinción entre la historia local, meramente urbana, y aquella de un agregado político, se impone. No son solamente razones de conveniencia prác-

tica las que en mi opinión aconsejan clasificar bajo la misma notación todas las obras referentes a una ciudad. Esto facilita también la confección del catálogo, porque para todos los nombres de ciudades antiguas o medievales, que difieren notablemente del moderno, bastaría introducir una ficha de reenvío a este último.

Hay que hacer sin embargo una excepción, cuando entre la ciudad moderna y la antigua no exista verdadera continuidad histórica o topográfica. Es este el caso, por ejemplo, en España, de Granada, en relación con la antigua Iliberris (Elvira), o, en Italia, de la población de Civita Castellana frente a la antigua ciudad de Falerii Veteres. En otros casos, sin embargo, —p. e. el de Orvieto, ciudad medieval, con ruinas etruscas, pero de cuyo nombre antiguo se disputa, pareciendo segura la falta de continuidad histórica— también los monumentos y datos históricos referentes a la antigüedad han de clasificarse bajo la ciudad moderna. Pero en general, la separación se impone, cuando sea evidente la solución de continuidad, y con mayor razón tratándose de centros poblados, que dejaron de existir como tales: p. e., en Italia, Velia. En todos estos casos, ha de emplearse, evidentemente, el nombre antiguo.

Es éste el sistema que se adoptó para los lemas, y en la organización de las varias partes de los artículos sobre ciudades, en la "Enciclopedia Italiana". Lo hicimos tras madura reflexión y después de haber consultado a varios historiadores de gran autoridad. Una de sus ventajas es que elimina el peligro de confusiones y complicaciones.

Puede causar alguna perplejidad el caso de la propia ciudad de Roma. En este respecto, deseo subrayar una vez más la necesidad de distinguir entre la historia del estado romano, del pueblo y de su civilización en general —que es "Historia de los Romanos"— y aquella del centro urbano y de los sucesos meramente locales, así como su descripción, o "Historia de Roma"; entre la historia de la *civitas* y aquella de la *urbs*. En cuanto a la primera, ya he expresado mi decidida preferencia para el sistema de Dewey: la historia política e institucional de Roma ha de clasificarse dentro de la historia antigua, el "arte romano" dentro del arte antiguo, etc. En cuanto a la segunda historia, todo considerado, creo más oportuno clasificar juntas todas las obras relativas a los monumentos y al desarrollo urbano (arqueología y topografía romana) así como al "arte en Roma". Es cierto que existen numerosas publicaciones que tratan exclusivamente de la topografía y de los monumentos de Roma antigua. Pero clasificarlas por separado plantearía el problema de la topografía y de los monumentos cristianos, siendo muy difícil, por no decir imposible, en este caso aplicar la división cronológica acostumbrada entre "Antigüedad" y "Edad Media".